

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 10 DE JULIO DE 1932

NÚMERO 28.



El Ministro de la Reina Candace

Saulo consentía en la muerte de Esteban, porque un celo ciego por la ley de Moisés le hacía perseguir a la iglesia de Cristo. Recorría el país en busca de los cristianos, y entrando de casa en casa, sacaba con violencia a hombres y mujeres y los hacía poner en la cárcel. Los cristianos, pues, se dispersaron por las comarcas de Judea y de Samaria, y andaban de un lugar a otro, predicando la palabra de Dios.

Felipe, que fué uno de los siete nombrados para el servicio de las mesas, bajó a la ciudad de Samaria y predicó

a Cristo, haciendo también muchos milagros, lo cual causó gran alegría en aquella ciudad. En seguida, un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: "Levántate y vé hacia el Mediodía, al camino que descende de Jerusalem a Gaza, la cual es desierta." Obedeció Felipe y encontró a un etiope, gobernador de Candace, reino de los etiopees y encargado de todos sus tesoros, el cual había venido a Jerusalem a adorar a Dios, y a la sazón se volvía en su carro leyendo al profeta Isaías.

Entonces dijo el Espíritu a Felipe:

“Llégate y júntate a este carro”. Y habiéndose acercado Felipe, oyó al Ministro leyendo al profeta Isaías y le dijo: “¿Entiendes lo que lees?” “¿Y cómo podré”, contestó el Ministro, “si alguno no me enseñare?”. Y rogó a Felipe que montase y se sentase con él.

El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste: “Como cordero fué llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció y no abrió su boca. De la cárcel y del juicio fué quitado y su generación ¿quién la contará? Porque cortado fué de la tierra de los vivientes; por la rebelión de mi pueblo fué herido.” (Isaías 53, 7. 8).

Y el ministro tomando la palabra dijo a Felipe: “Ruégote, ¿de quién dice esto el profeta? ¿de sí, o de otro alguno?” Entonces Felipe, comenzando por este texto de la Escritura le anunció a Jesús.

Y siguiendo su camino, llegaron a un lugar donde había agua, y el ministro dijo: ¿He aquí agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?.” Y Felipe contestó: “Si crees de todo corazón, bien puedes.” Entonces dijo el ministro: “Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.” Y mandando parar el carro, descendieron ambos, Felipe y el ministro al agua, y Felipe le bautizó. Y así que hubieron salido del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y no le vió más el ministro, el cual prosiguió su viaje lleno de gozo.

Más sabio es el que sabe una sola verdad que el que sabe un millón de mentiras.

Un niño, un reloj y un ratoncito blanco

Tomasito estaba en el dormitorio, donde su mamá se hallaba arreglando las camas.

—Corre, hijo, y dile a papá que arregle el reloj, de acuerdo con el suyo, antes de irse—díjole la mamá.

Y Tomasito bajó las escaleras con toda prisa. Pero a mitad de la escalera estaba la pieza de Dick, y como la puerta estuviera abierta, el niño se detuvo, mirando el ratoncito blanco, que estaba dentro de su jaula.

Hacia poco tiempo que habían traído ese ratoncito blanco, de ojos tan coloraditos. Tomasito quedóse mirando al ratoncito, que subía y bajaba la escalerita que tenía dentro de su jaula, y lo miraba cómo se lavaba su carita. Después bajó la escalera a la carrera para dar a su papá el mensaje que le mandara su mamá.

Pero el papá no estaba ni en la cocina ni en la sala. El papá no se encontraba en ninguna parte en la casa. Lo más raro era el hecho que ni su gorra ni su valija de mano se hallaban en ningún sitio.

“Papá se ha ido”—pensó Tomasito. Vió que la puerta de la cocina estaba abierta y el sol, esplendente, brillaba en el jardín. Olvidándose del mensaje dádole por su mamá respecto al reloj, se puso a jugar muy tranquilo. Tomasito tenía a la sazón cuatro años y medio de edad.

Después de jugar un rato, su mamá le llamó para lavarle la cara y vestir-

le; iba a salir para tomar el tren e ir a visitar a la tía Juana y al tío Benjamín. El tío Benjamín iba siempre a encontrarles, a su llegada a la estación, con el cochecito, tirado por su lindo caballito. Naturalmente, cuando Tomasito supo que iban a visitarle, no cabía en sí de contento.

Como la distancia hasta la estación era larga, la mamá salió de casa con bastante tiempo; al menos, así creyó ella. Tenían que recorrer un largo trecho de camino áspero y escabroso, desde donde Tomasito podía ver los rieles del tren. Se hallaban a mitad del camino cuando oyeron el ruido del tren, que se aproximaba. Tomasito rogó a su mamá se detuviese para ver pasar el tren.

Venía por la curva, pitando y echando humo. Pero, ¡oh!, el tren iba en dirección a la estación donde ellos debían embarcarse.

—¡Ese es nuestro tren!—exclamó la mamá.

Y, realmente, ese era el tren que debían haber tomado. Mucho antes de que pudieran llegar al andén de la estación, el tren había partido.

—Hemos perdido el tren—dijo la mamá tristemente—, y el tío Benjamín no podrá esperarnos con el coche; de modo que tendremos que ir a pie de la estación a la casa.

“No podré pasearme en el cochecito”—pensó Tomasito. Y su carita asumió un semblante de desilusión y tristeza. Acordóse en ese momento del reloj.

—Siento mucho, mamacita—comenzó a decir el niño.

—Yo también—respondió la mamá—, pues no me gusta hacer esperar en vano al tío. Además, será un camino largo para ti.

—Yo sólo me quedé un ratito mirando al ratoncito blanco, y cuando bajé ya papá se había ido—lloriqueó Tomasito.

Al oír esto, la mamá comprendió lo que su hijito quería explicarle.

—¿No le dijiste a papá que pusiera bien la hora del reloj?—preguntó la mamá.

—No, mamita.

—¡Oh! Yo debí preguntarle si lo habías hecho; pero como otras veces has hecho tan ligero lo que te he mandado, creí que le habías dicho a papá lo que te encargué. Esto nos enseña una lección que ambos debemos aprender; ésta es cuidar siempre que el reloj ande bien, especialmente cuando queremos ir a tomar el tren.

—No llores, Tomasito—siguió diciendo la mamá, y se esforzaba por consolarle—. Si hubieses sido malo, ya tendrías que pagarlo con una larga caminata. Felizmente, hoy es un día hermosísimo.

Después de larga espera en la estación vino otro tren y partieron con rumbo a casa de los tíos.

Cuando llegaron a la estación de campo donde debían desembarcar, no vieron ningún coche que les esperase. Tomasito comenzó a caminar valientemente. Después de todo, él tenía la culpa. El camino estaba cubierto de flores silvestres de preciosos colores, y caminaron alegremente hasta llegar al punto donde se cruzaban los caminos.

Al llegar aquí oyeron un ruido, y al cabo de un rato vieron a la yegua del tío Benjamín, que venía al trote, arras-trando el coche, y el tío Benjamín en persona venía manejándolo.

—¡Hola! Aquí estáis, ¿eh? Tuve que hacer algo, pero regresaba a la carre-ra, para ver si llegábais en este tren.

La mamá y el niño subieron al co-che, y al cabo de un rato llegaron a la casita, donde les esperaba la tía Jua-nita. Pero a partir de esa fecha, To-masito nunca se detenía a jugar en el camino, ni a mirar nada cuando su mamá le mandaba a alguna parte. Y es sorprendente, cuánto se puede acordar un niño cuando quiere.

EL JOVEN SOLDADO.

(De *El Evangelista Mexicano*.)

El placer de servir

Toda naturaleza es un anhelo de ser-vicio.

Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú; donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú; donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú.

Sé el que aparta la piedra del cami-no, el odio entre los corazones y las dificultades del problema.

Hay la alegría de ser sano y la de ser justo; pero hay, sobre todo, la her-mosa, la inmensa alegría de servir.

¡Qué triste sería el mundo si todo en

él estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que em-prender!

Que no te llamen solamente los tra-bajos fáciles. ¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan!

Pero no caigas en el error de que sólo se hace mérito con los grandes traba-jos; hay pequeños servicios que son buenos servicios: adornar una buena mesa, ordenar unos libros, peinar una niña.

Aquél es el que critica, éste es el que destruye, tú sé el que sirve.

El servir no es faena sólo de seres inferiores. Dios, que da el fruto y la luz, sirve. Pudiera llamársele: el que sirve.

Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta cada día:

¿Serviste hoy? ¿A quién? ¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

GABRIELA MISTRAL.

Amor maternal

Joven aún entre verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido.

La vió la noche calentar sus crías,
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió las alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichoso,
y sin embargo, disparó un tiro.
¡Ella, la pobre, en su estertor de muerte
abrió las alas y cubrió sus hijos!

VÍCTOR HUGO.